

Cien años de soledad, cincuenta años de compañía



Pedro Ruiz. *Santiago de Cali*. Acrílico sobre madera. 41.5 x 37.5 cm. 2009. Del proyecto Oro: espíritu y naturaleza de un territorio

En las bibliotecas familiares colombianas suelen acomodarse, junto a la Biblia, tres novelas: *María*, *La vorágine* y *Cien años de soledad*. La primera y la tercera fueron publicadas con un siglo exacto de diferencia, el que va entre 1867 y 1967 (y no se trata de la única correspondencia cronológica de ambos escritores: ambos murieron un 17 de abril: Jorge Isaacs el de 1895 y Gabriel García Márquez el de 2014). La inferencia es, pues, elemental: este 2017 es

el año del aniversario redondo de los dos libros. Pero, quizá porque nuestras costumbres nos inclinan más hacia los plazos cortos y las rutilancias de las bodas de oro —además de que *sesquicentenario* es una palabra terrible—, la efeméride que está en la cabeza de todos son los 50 años de *Cien años de soledad*.

En mayo de 1967 apareció en Buenos Aires la primera edición de *Cien años de soledad*, no-

vela que García Márquez escribió en Ciudad de México entre 1965 y 1966. El escritor de Aracataca había encargado la portada a Vicente Rojo, pintor mexicano, pero esta no llegó a tiempo para el estreno editorial. Fue necesario entonces que Iris Pagano improvisara un diseño para esa edición: el dibujo de un galeón sobre tres flores amarillas, todo ello sobre el fondo de una fotografía en blanco y negro, más o menos borrosa, del ramaje de un gran árbol (una clara referencia a aquel pasaje de la novela en que el delirante José Arcadio Buendía dirige una aventura exploratoria en busca de una salida al mar para Macondo). Apenas en la segunda edición de la novela, en junio de 1967, pudo incluirse la portada de Rojo: se trata de aquel mosaico de pequeñas figuras —campanas, soles, diablos, flores, estrellas, lunas, etc.— enmarcadas en rectángulos, todo ello coronado por un título en que la “E” de *soledad* se dispone al revés, lo cual suscitó interpretaciones francamente audaces en algunos críticos. Por fortuna, las muchas portadas acumuladas a lo largo de medio siglo han acabado por ahogar las posibilidades de semejante entusiasmo hermenéutico, y lo único cierto es que cada quién tendrá por memorable —solo eso— la carátula de la edición leída.

A propósito, es tan fácil leer la novela más famosa de Gabo como es difícil escribir sobre ella. La mejor prueba de lo primero es que en la cabeza de la mayoría de sus lectores perdura, como un mantra o una ronda infantil, el recuerdo exacto de las primeras 28 palabras: “Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo”; ante ese conjuro casi sobra recordar las imágenes, también perdurables, del niño con cola de cerdo y de Remedios, la bella, robada por el viento. En cuanto a la dificultad de escribir sobre *Cien años de soledad*, bastará considerar el corpus casi infinito de las reseñas, ensayos, artículos, monografías y todo tipo de comentarios —

clusive charlas de café— que se han ocupado de la obra en su medio siglo de existencia, casi todos ellos encandilados por su magia narrativa (y sin perder de vista la esforzada originalidad de los escritos detractores).

No sorprende que la misma *Cien años de soledad*, en su indiscutible lucidez, revele algún grado de consciencia sobre ese carácter discursivo proteico. Por lo menos es lo que sugieren las reiterativas apariciones del gitano Melquíades, o mejor, de sus pergaminos, cuya aplazado desciframiento sugiere que en ellos caben todas las revelaciones; los pergaminos encerrarían la historia de Macondo y de los Buendía de una manera tan completa que incluiría, también, todo lo que pudiera decirse sobre esa historia (en otro contexto —aunque por la misma época—, Claude Lévi-Strauss discurrió que el mito tenía continuidad en los comentarios sobre el mito). El documento omnicomprendido o, dicho de otro modo, el libro que es todos libros, es, si bien se mira, un motivo reiterativo de la literatura latinoamericana: ya está representado por los cuadernos que el Adelantado reescribe una y otra vez en *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier, así como por el Libro de Arena del famoso cuento de Jorge Luis Borges. En su momento, el crítico cubano Roberto González Echevarría explicó que el motivo del archivo mítico representaba, en la narrativa de esta parte del mundo, una férrea convicción a propósito de la singularidad de América, singularidad cuyas claves estarían consignadas en un texto igualmente excepcional.

Esta edición conmemorativa de la *Agenda Cultural Alma Máter* corre el riesgo de sumar nuevas páginas sobre un asunto del que, pareciera, no queda nada por decir. Sin embargo, sería absurdo pretender formalizar una celebración literaria sin recurrir a alguna modalidad de rito verbal. Pero, como se verá, las ofrendas de palabras que aquí ponemos ante el altar de *Cien años de soledad* —esta imagen sacra tanto puede tomarse en serio como en

broma — no van en zaga a la exigencia de originalidad: Rigoberto Gil Montoya se empeña en ver la novela como una obra para niños, mientras que Marco Tulio Aguilera comparte un par de anécdotas que, por lo personales, son absolutamente singulares e irrepetibles. Casi lo mismo puede decirse de los colaboradores que pertenecen a la comarca académica, para quienes (por la abundancia verbal que caracteriza ese campo) es más difícil fundar ideas novedosas: Consuelo Posada lo consigne al situarse en los brumosos y fríos Andes — tierra de cachacos —, donde pone en evidencia de qué tipo de prejuicios culturales están preñados los presuntos juicios literarios sobre las novelas de Gabo. Mientras tanto, el profesor Alfredo Laverde comparte una entrevista en que, como investigador colombiano, explica elementos sociológicos de la novela ante un público brasileño. El lector juzgará sobre qué tanto logran sorprenderlo, entretenerlo e iluminarlo los párrafos que siguen.

Con todo, es claro que este número de nuestra agenda pretende algo más significativo que la exposición de nuevas imágenes e ideas sobre una novela que ya es rica en ellas. Porque, quizá, lo que realmente pretende este *dossier* es invitarnos a la relectura de un libro que, por diversas e íntimas razones, a casi todos se nos antoja entrañable. Basta pensar que, desde la primera vez que lo leímos — y aun antes de hacerlo, pues entonces nos alimentó la fervorosa memoria de otros lectores —, lo hemos sentido como un compañero fiel de nuestra experiencia vital; como un relato de ella. Porque, ¿a quién no ha representado y a quién no ha hablado esta novela cincuentenaria? ¿Quién no ha reconocido en *Cien años de soledad* algún símbolo o máxima aplicable a su propia existencia? ¿Quién — en definitiva — no permanece suspendido en el aire, prendido a la sábana de Remedios, la bella?

Juan Carlos Orrego Arismendi

Pedro Ruiz

Es portador de una habilidad única para hacer de lo invisible poesía. Su trabajo, que aquí acompaña una suerte de homenaje a *Cien años de soledad*, es hecho con honestidad y profunda admiración por las riquezas naturales y humanas de un territorio que el Nobel de Aracataca quiso llamar Macondo. Ruiz es bogotano e inició sus estudios de Arquitectura en la Universidad Nacional en 1975. Entre 1979 y 1983 estudió en la Escuela de Bellas Artes en París, también asistió al Atelier 17 donde conoció las teorías del maestro Stanley William Hayter y trabajó como grabador. De regreso a Bogotá, trabajó en la agencia publicitaria McCann Erickson como director de arte y comenzó paulatinamente a deshojar la realidad pintoresca de una Colombia que derrama belleza por doquier, haciendo de su arte una alegoría magnificente de lo que somos en esta Colombia de muchas gentes, colores, paisajes y sabores.

Con una actividad profesional prolija, Pedro Ruiz ha obtenido numerosos reconocimientos, entre los que destacan su nominación como Embajador de la UNICEF desde el año 2016. Además de haber obtenido la condecoración de Caballero en la Orden de las Artes y las Letras de la república francesa en 2010.